

3 ALOCUCIONES DE PRINCIPIO DE CURSO

Por MANUEL MARIN PEÑA

Director del Instituto «Isabel la Católica», de Madrid

Tres auténticas lecciones de pedagogía vivida constituyen los tres discursos pronunciados por el Ilmo. Sr. D. Manuel Marín Peña, en los últimos años académicos, con motivo de la inauguración de curso, y que ha tenido la amabilidad de facilitarnos — a nuestro requerimiento — para su inserción en ENSEÑANZA MEDIA. Fruto de una larga experiencia, en ellos se condensan, en sencillo, claro y exacto estilo, de rancias y hondas reminiscencias clásicas, los diversos aspectos que entraña la vida de un Centro y los problemas que plantea el desarrollo de la tarea educacional, norte y alma de toda la didáctica bien dirigida. Frases aladas, por su concreción y sentido, tienen muchas de ellas categoría de máximas, que incitan a la meditación, como el mejor estímulo para la superación en la labor docente.

1 9 5 8

NO temáis un discurso. Me limitaré a una brevísima expresión de saludo y aliento.

Hace un año os hablaba en este acto don Pedro Cortés. Recordadle con piedad y pedid por su alma. Laboró por vosotras con amor y celo, que sus más íntimos colaboradores conocimos y apreciamos.

Amigas discípulas: pensad que no “venís” al Instituto; “sois”, con nosotros, el Instituto, que es corporación y persona moral. Lo decía (perdonen los mayores lo vulgar de la cita) vuestro Rey el Sabio: “Estudio”, es decir, centro de enseñanza, “es ayuntamiento de maestros e de escolares que es fecho en algún lugar con voluntad e entendimiento de aprender los saberes”.

Y como “sois” el Instituto, estáis interesadas, como nosotros y más, en su bien y en su pro, que es también el vuestro.

Y esto os honra, porque el Instituto es un buen Centro. Os lo dice quien conoce, por dentro, muchos Institutos y Colegios; quien ha dirigido, con éste, tres.

No es perfecto, como no lo es ninguna institución humana. Lo sabemos bueno, pero lo queremos mucho mejor. Nos comprometemos a laborar por mejorarlo. En vuestra esfera y medida nos ayudaréis. Estoy seguro.

Empezáis un curso. La vida escolar no es el camino de rosas que presentan poetas y novelistas. Nosotros la añoramos porque es ley que el tiempo embellece artificialmente el pasado. Pero tiene molestias y sinsabores. El estudio, causa el goce de la adquisición y de la curiosidad satisfecha,

pero a veces es cansado y tedioso. Se padece en las clases, por el miedo, mayor que el del soldado en la batalla, a lo aleatorio y al propio ridículo. Se sufre al profesor, que impone su férula y es, porque es humano, de vario humor.

Pero esto es educarse también. El griego Agesilao decía que a los niños hay que enseñarles lo que harán cuando mayores, y entre lo que harán estará trabajar con esfuerzo y fatiga, con gana o sin ella, vencerse a sí mismos, obedecer a la autoridad, tolerar al prójimo.

Por nuestra parte, procuraremos que las rosas sean más que las espinas, sin caer en la blandenguería cursi y en la pretensión utópica de aprender sin trabajar.

Queridos colegas: os pido dos cosas. La primera, coordinación y unidad. El Instituto no puede ser una colección de actividades dispersas, aunque aisladamente meritorias, sino un esfuerzo común y orgánico. Ayudar a esa unidad es misión del que os habla.

La segunda cosa que os pido, y cuento con ella, es abnegación. Nuestra función, como es sacerdocio, aunque a escala humana, como la medicina, es dación y entrega al prójimo. A esta entrañable grey hemos de sacrificar la comodidad y el interés, como también el gusto por lo singular y el lucimiento personal. Somos responsables de algo muy serio ante Dios y ante los padres.

Y nada más. Diré a todos lo que cada año digo en mi clase: que Dios nos dé a alumnas y profesores un buen curso, en su santo servicio.

1 9 5 9

[*A costumbre me pide unas palabras. Pues la vida es milicia, tengan la concisión y el aire de una arenga militar.*

Queridos colegas: constituís un equipo docente muy selecto; una constelación de profesores cuyas individualidades se cotizan altas en España y, a veces, fuera de ella. Respondan a esta valoración los resultados de vuestra docencia. Si éstos son buenos, no os conforméis; procurad rectificaros y superaros. Poned en vuestra labor de clase amor sobrenatural al discípulo, pues enseñar lo que todavía no se sabe es obra de misericordia espiritual. Haced que vuestras cátedras sean vivaces, cálidas, apasionadas, si me permitís la palabra. El profesor frío, o simplemente tibio, es estéril, aunque sea sabio. Formad para la vida, pero no tengáis a desdoro apuntar a pequeñas finalidades secundarias; los exámenes de Grado y de Madurez, de la vida forman parte; interesaos vivamente en su éxito, por el bien de cada alumna, por el nombre del Instituto, por el vuestro propio.

Queridas discípulas: serlo de este Centro es un honor, que muchas piden y no logran, pero impone deberes. Deberes de conducta y disciplina. El tipo moral de la alumna actual es, sin duda alguna, superior al de hace quince años. Pero hay que conservarlo. Más aún: hay que mejorarlo y depurarlo. Vuestra afiliación al Centro tendrá ahora un signo exterior: el uniforme. Portadlo bien, con honestidad, elegancia y buen aire; honradlo con vuestra conducta en público, y no lo rebajéis con actos o dichos chabacanos o plebeyos.

El año pasado, por vez primera en mi mandato, hube de censurar y aun

sancionar suavemente una incorrección colectiva en un curso intermedio. Estoy seguro de que no se repetirá; estadlo vosotros de que, en caso, tampoco se repetiría mi blandura.

A las que disfrutan becas y matrículas gratuitas o reducidas les diré que Protección Escolar da mucho, pero quiere emplearlo bien. El irreprochable comportamiento y las buenas notas son indispensables a las beneficiarias. Y os advierto que no estoy dispuesto a que los certificados de buena conducta escolar se expidan de un modo alegre y formulario.

Y a todas: el estudio es para vosotras la obligación propia de vuestro estado; obligación moral y de conciencia. Aclaro un punto que algunos interpretan mal: está prohibido encargar "deberes" o trabajos para casa, salvo en casos especiales y con autorización de la Jefatura de Estudios. Pero no el "estudiar" en casa, cosa necesaria, pues las medias horas de permanencia de las unidades didácticas no bastan para la preparación de las lecciones. Esto aparte de las inevitables consultas de bibliografía, al menos en los cursos superiores.

No os engañen las campañas de prensa o de opinión (de opinión ignara, naturalmente) pidiendo que no se estudie nada, que se den, de mogollón, notas y títulos. Pasó, hace cinco años, el trienio ultrapaternalista, cuando las jerarquías preguntaban a los estudiantes si preferían el recreo a las Matemáticas o las vacaciones al Latin. La posición del Poder público es hoy la opuesta: las autoridades de la Enseñanza creen que el nivel de resultados del Bachillerato es mediocre, inferior a las posibilidades de profesores y alumnos. Sin ser o sentirme autoridad, yo lo creo también. Quieren reforzarlo en intensidad, es decir, no que se sepan más cosas, sino que se sepan mejor. Así me lo declaraba en julio pasado una autoridad del Ministerio. Y así lo ha corroborado, hace cuatro días, en su discurso de Sevilla, el propio Ministro. No os extrañe, pues, que las Reválidas sean cada año un poco más rigurosas.

Nada os arredre. El elemento "discípulo" es tan bueno como el mejor, superior al de países de más eficaz Bachillerato. Animo, pues, muchachas. Seguid, y termino con ello, el consejo ignaciano, que algunas habréis oído, de mí o de otros: esforzaos como si de sólo vosotras dependiera el éxito; pedid a Dios como si sólo dependiera de su divina voluntad.

1 9 6 0

EN esta acostumbrada salutación de principio de curso, más que cosas nuevas oiréis temas ya expuestos y sabidos. Es en mi natural tendencia, agravada por los años, ser reiterante y machacón. Y así, quiero insistir en conceptos que expuse en mi primer discurso de Director, a la manera como en ciertas obras musicales, antes de la cadencia final, se repiten, más ampliamente orquestados, los temas que se esbozaron en el preludio.

Señores Profesores: en mi transitoria condición de "primus inter pares" me permito formular para este curso unos lemas o consignas (no temáis que incurra en la cursilería de llamarlos "slogans").

Primero: incrementemos el celo por lo educativo. Yo pienso que en la suprema rendición de cuentas se me pedirá razón de si enseñé bien la oración de infinitivo, porque ello es obligación de mi oficio y estado y el

no hacerlo, o hacerlo mal, iría contra la virtud de la observancia. Pero estoy cierto de que antes (y este "antes" no se refiere al tiempo, que se habrá acabado para mí, sino a la prelación y jerarquía de los valores), antes, digo, se me pedirá de sí contribuí a salvar o a perder las almas, dóciles y dúctiles, que los padres pusieron, en cierto orden y medida, bajo mi tutela y custodia.

En un paseo campestre, durante la guerra de Liberación, un Catedrático, militar de carrera, me decía: "Enseño Matemáticas lo mejor que puedo, pero no las considero un fin en sí, sino una ocasión y pretexto de apostolado."

Lo que no es, ni remotamente, excitar a nadie a convertir en púlpito de iglesia la cátedra civil, sino recordar que, cualquiera que sea nuestra específica misión docente, debemos interesarnos entrañablemente en los problemas morales del educando, aunque discreción y prudencia nos veden, muchas veces, la solución directa y personal. Y recordar también que el más eficaz apostolado, y a la vez el más asequible a todos, es el de nuestra propia ejemplaridad.

No sólo está, bien que parcialmente, en nuestra mano hacer de nuestro discipulado santas o pecadoras. Lo está, y en grado más fácil, el hacer señoritas o tiorras. Cuidemos, pues, de nuestra cortesía tradicional, española y europea, y no permitamos que la agosten los ponientes o los levantes de los malos modales. Y en esto, como en lo anterior, más que cualquier exhortación hará nuestro propio ejemplo y conducta. Quiero decir que ellas serán señoritas en el grado en que nosotros nos mostremos señores. Delicada cosa es el trato con adolescentes. Está lejos, felizmente, aquel porte frío, ceremonioso, distante y un poco despectivo, de los que fueron nuestros maestros. Tal vez se ha incidido en el vicio opuesto y se ha exagerado, en el tipo medio, la familiaridad. Obligación es el cariño al discípulo; necesidad, su confianza en nosotros. A todos sienta bien el tono amistoso, y bien sienta a los más respetables, por edad o estado, el porte paternal, pero faltaría a la decencia su degeneración en camaradería.

Tratemos de inculcar a nuestras escolares el espíritu de lo que la filología orsiana llamó, con iniciales mayúsculas, *La Obra Bien Hecha*. En otros términos: acostumbremos a que toda operación escolar sea, si no en el logro, al menos en el propósito, "primor" y no "chapuza". En ciertos Centros de enseñanza, Seminarios eclesiásticos, Academias militares, Colegios de mucha solera, se pone conato, no ya en enseñar muchas cosas, sino en enseñar a "hacer bien las cosas"; es decir, en crear un estilo de perfección, cuidadoso del detalle. ¿Por qué no darnos a ello, si nuestras alumnas lo necesitan tanto y la delicadeza cuidadosa es tan típicamente femenina? No se ofendan ellas si cito ejemplos de lo que no es precisamente *La Obra Bien Hecha*: la señal de la Cruz rápida, negligente, garabatos y tosca, como la del torero del conocido cuadro de Villegas; el saludo al superior, omitido o esquivado cuando no es examinador en potencia; el uso del uniforme, incompleto casi siempre, adulterado con adornos impropios, cuando no con anuncios de lámparas o lavadoras; los escritos, sin márgenes, sin puntuación ni acentuación, no siempre porque se ignore, sino porque se desprecia; con letra floja y sin carácter; en absurdos papeles,

¡hasta en dorsos de prospectos!, cuando no suministra papel el Instituto; con firmas abreviadas, o reducidas, al modo regio, al nombre de pila, no pocas veces ridículamente suplantado por corrupciones del lenguaje familiar... ¿A qué seguir? Grande obra haremos si, en cada caso, exigimos esa perfección, bien poco costosa y que crea, para toda la vida, un hábito de orden y cuidado.

Pero toda labor formativa es estéril si no es obra de todos. Esperar que un alumno se forme piadoso en la clase de Religión, honrado en la de Etica, urbano en la de Convivencia, buen razonador en la de Lógica, es ingenuidad pueril. Cuanto a la conducta, pensemos que la formación de la voluntad requiere un clima, un ambiente, que es obra colectiva. Resultaría cómodo inhibirse de este menester, y cargar a la cuenta de los mandos la responsabilidad de la disciplina y la odiosidad de las medidas que la tutelan. No ocurre así, felizmente, entre nosotros, pero ello no obsta a que pida desde aquí que esta colaboración se intensifique. Probablemente lo pediré de nuevo, sin tardar mucho, en términos más concretos.

Me dirijo a la Junta Pedagógica, primor de nuestro régimen de Patronato, y afirmo que cifro en ella una esperanza de renovación. Pensemos en que nuestro Instituto es, en la Ley y en la mente de la Jerarquía, un Centro experimental, pero esta condición de Institución-piloto es, hasta ahora, teórica; hacemos lo que todos los Institutos, tal vez mejor que algunos, seguramente peor que otros. Algunas tímidas propuestas han quedado sometidas a superior estudio o han cuajado en pequeñas peculiaridades de nuestro régimen interno. Hace falta algo más. Espero de la Junta iniciativas, críticas, proyectos. No tema ser innovadora y aun revolucionaria; éste es su papel, como el mío de Director es ser conservador y legalista, lo que en mi caso se refuerza por una primitiva vocación jurídica de la que nunca he renegado.

Hablo a las alumnas y también repito lo que ya dije antaño, aunque unas no lo oyeron y otras no lo recuerdan. La vida escolar tiene un vivo claroscuro. No es la senda de rosas forjada por una literatura cursi y un tanto falaz. Tampoco es la "città dolente", el infierno dantesco, la condena a trabajos forzados que fingen muchos padres, no pocos médicos, algunos pedagogos también. Es, como toda la vida, mezcla de sufrimiento y goce. Se sufre al esforzarse por entender y retener; al correr el albur inquietante de preguntas de clase, ejercicios y exámenes; al contener en los límites de una obediencia y de una disciplina la tendencia expansiva y libertaria de niñez y juventud; se sufre, y mucho a veces, al aguantar nuestros humores y talentos. Pero también se goza. El estudio es adquisición de un bien, y esto siempre es fojoso; visión de novedades, grata siempre al espíritu curioso; es logro, en fin, de propia perfección. Tomadlo, pues, como es en sí, y no os dejéis alucinar por la compasión adormecedora de la opinión que os rodea, muy apta para despertar en vosotras la fácil tentación de lo que alguien llamó "el cultivo voluptuoso de la autopiedad". En fin de cuentas, vuestro, y no nuestro, será el lucro o la pérdida que irroge vuestro cumplir o vuestro holgar.

Y nada más. Que Dios nos proteja y lleve a buen término el curso que hoy iniciamos.